

LITERATURA JUDIA

Parte V

Mariano Lebrón Saviñón

CULTURA DE LA JUDERIA ESPAÑOLA.



DESPUES que los romanos destruyeron a Jerusalén, los judíos se dispersaron por todo el mundo. Algunos de esos núcleos dispersos fueron a parar a España, donde formaron una numerosa colonia, que engrosó las pequeñas comunidades que ya existían allí.

Esas comunidades databan, presumiblemente, de la época de Nabucodonosor, y acompañaron, mucho antes de la destrucción de Jerusalén, las diferentes emigraciones asiáticas que llegaron a la península.

Los judíos se adaptaron muy bien a las costumbres de las nuevas tierras, pero cuando triunfó la fe católica entre los visigodos, se desató una ola de persecuciones contra aquéllos, que empezaron con Sisebuto, y que no se detuvo hasta su expulsión definitiva, en tiempos de los Reyes Católicos.

De esta manera los judíos vieron como una bendición la invasión de los árabes, ya que las tribulaciones de sus vidas entre los visigodos les hacían desear un nuevo régimen.

Y como los árabes eran semitas, con ellos creyeron encontrar la tranquilidad que habían perdido.

No sucedió así. Los árabes estaban henchidos de insensato fanatismo al calor de su naciente fe y se mostraron asaz intolerantes y duros. De aquí el que los judíos emigraran en masa hacia los reinos cristianos y, especialmente, a Castilla.

Los príncipes cristianos les dieron buen trato, y algún rey, como Don Pedro el Cruel de Castilla, les tuvo decidida preferencia. También fueron felices en la corte de Alfonso VIII y Alfonso el Sabio.

En cambio, los judíos sufrieron la consecuencia de los prejuicios y rivalidades de los reyes cristianos. Así, cuando Don Pedro el Cruel murió a mano de su hermano don Enrique de Trastámara, éste, suspicaz en extremo, receló de ellos, por los privilegios de que gozaron en la dinastía anterior, y los apretó. Sus desmanes auspiciaron algunos motines callejeros en contra de los israelitas, que no fueron reprimidos por las autoridades.

Entonces se crearon contra estos extranjeros indeseados, infundios del mismo jaez de los que originaron los cristianos de la era neroniana. Se les acusó de robar niños para crucificarlos, de envenenar a los cristianos para desmedrarlos y de usar peligrosos maleficios exterminadores.

De esta manera la vida de los judíos fue haciéndose cada vez más imposible. Y culminó, al fin, con su expulsión definitiva por parte de los Reyes Católicos.

VIDA CULTURAL DE LOS JUDIOS ESPAÑOLES.

Las comunidades judías en España tuvieron la misma organización que en todos los lugares donde se asentaban. No se integraron a las comunidades cristianas, sino que vivieron en *las juderías* o barrios apartados (150), donde las únicas leyes existentes eran sus propias leyes, que estaban bajo la rectoría del *Rabino*, quien era el sacerdote o supremo maestro.

Los judíos eran principalmente comerciantes. Ellos eran quienes dominaban, prácticamente, todo el comercio. Tenían grandísimos almacenes donde reunían productos de Oriente y Occidente, con sucursales en los puntos más estratégicos de los

países con los cuales comerciaban, empleando ya la *letra de cambio*.

Pero a pesar de su aislamiento y costumbres personales, no constituían una carga para el gobierno, pues pagaban cuantiosos impuestos, y acudían, con préstamos, a veces usurarios, a resolver crisis económicas. Eran, prácticamente, los poseedores del metálico.

En las *juderías* (como en el *ghetto* de hoy—), se acumulaban cuantiosas riquezas.

Los israelitas se preocuparon, ante todo, de la instrucción. Sus leyes, adelantadísimas, propugnaban no sólo la enseñanza, sino las más estrictas normas higiénicas. Según estos cánones, los judíos estaban obligados a crear una escuela por cada 15 vecinos y un maestro por cada 15 discípulos. Cuando la población escolar era numerosa, no podían exceder de 40 los alumnos que acudían a un aula.

Ya en la Edad Media, las escuelas judías de España eran centros modelos, con todas las comodidades y exigencias de luz y ventilación que deben reunir las escuelas de nuestro tiempo. Por esa razón, mientras Europa medraba en un silencio elástico para las cosas educacionales, mientras la ignorancia era la regla en el mundo, las comunidades judías de España eran candiles de saber, y España, con sus reinos árabes y sus núcleos judíos, así como con los nacientes reinos cristianos que trataban de emular a unos y otros, era el sol medioeval en las tinieblas compactas.

Especialmente descollaron los judíos en Medicina; ciencia, para ese entonces, muy poco adelantada en Europa. El médico judío más famoso lo fue José Aben Hasdai (915—970) de la luminosa Córdoba (151), médico de Abderramán III, quien le tenía mucho aprecio, al extremo de hacerlo, además de su médico particular, su Secretario de cartas latinas; así como le confió misiones diplomáticas y políticas, que el sabio médico cumplió a cabalidad.

Hasdai fue figura central en el movimiento cultural de la España árabe, y punto de atracción de innumerables hebreos que acudían a Córdoba de todas partes del mundo para asistir a la escuela talmúdica del Rabi Mossech. Entre sus grandes

hazañas, que recoge la Historia de la Medicina, se cuenta la de haberle curado la obesidad a Sancho el Gordo.

Otro médico judío lo fue Ybarúm, que se distinguió en oftalmología, habiéndole curado sus cataratas a Don Juan II de Aragón.

También famoso lo fue el poeta Maimónides, de quien volveremos a hablar. Nació en Córdoba la luminosa, en 1135, cuando el sol de la cultura árabe declinaba. Habiendo medrado en el mundo árabe se le quiso obligar a que jurara la fe musulmana. Pero, renunciar a sus creencias, a sus costumbres, a sus tradicionales prejuicios, son cosas a las que no se aviene un judío. Maimónides, desde luego, se negó a hacerse musulmán. Entonces fue expulsado de España. Pasó a Marruecos, donde la vida se le hizo intolerable. Entonces se trasladó al Cairo y allí, a pesar de no ser mahometano, Saladino, el sarraceno que tanto combatió contra los cruzados, lo hizo su médico.

Es fama que Ricardo Corazón de León conoció a Maimónides, y lo quiso hacer su médico, cosa a la que el judío se negó (152).

Ya hablaremos de la obra poética y filosófica de Maimónides, pero el ilustre judío también escribió de medicina; una obra en la que trata de intoxicaciones por reptiles, arácnidos e insectos, así como de la mordedura de perros, y de la que tiene como peor de todas las mordeduras, la de un hombre hambriento.

Según Maimónides, cuando una serpiente venenosa o un alacrán muerde a alguien, hay que succionar de seguida el veneno, tras de aplicar un fuerte torniquete por arriba de la herida. La succión del veneno puede hacerse con la boca indemne, o con una ventosa. Después se hace sangrar la herida y se trata por el fuego.

También habla de la rabia, afirmando que es una enfermedad de larga incubación.

Otro libro interesante de Maimónides es el que titula *Sobre la causa y la naturaleza de las enfermedades*, donde se muestra parco en la terapéutica y observador, a la manera de Hipócrates, de los síntomas y evolución de las enfermedades.

Su obra fundamental, desde el punto de vista médico, es *Aforismos, según Galeno*, donde en 1500 aforismos resume toda la medicina galénica.

Esta obra sirvió de consulta a los médicos durante la larga tiranía galénica, ya que el ilustre hebreo resume y ordena todo el abigarramiento de lo publicado por el médico de Pérgamo.

Todas las obras de Maimónides fueron escritas en árabe o en latín.

Murió en Tiberíades en 1204, en medio de una creciente admiración. Fue la personalidad judía más subyugante de toda la Edad Media, y, por muchos siglos, su tumba fue lugar de peregrinaje.

Los judíos españoles tuvieron también sus astrónomos, ya que la Astronomía era una ciencia que había prosperado entre los árabes.

Uno de esos astrónomos fue Juan de Luna, (153) convertido al cristianismo, quien fue autor del libro *Epítome sobre Astrología*, y otro, Isaac Ibn Lid, uno de los redactores de las *Tablas Alfonsinas*. Otro astrónomo, Abraham Ibn Esra escribió acerca del calendario y unas *Tablas Astrológicas*.

El mallorquín Jaime Ferrer era un cartógrafo salido de la Escuela Náutica de Mallorca. Fue el Director de la Escuela Naval de Sagres.

Los judíos eran grandes marineros, y es posible que ellos prepararan los descubrimientos de los siglos XV y XVI. Por eso, alguna vez se aventuró la teoría de que Cristóbal Colón era un judío gallego y que por esto ocultó su origen español; lo cual desde luego, no pasa de ser una hipótesis, porque es cosa averiguada que Colón fue genovés.

Dos judíos conversos fueron representantes de la Teología: el burgalense, Pablo de Santa María, que se llamaba Salomón Halevi, virtuoso y sabio, que prestó un gran servicio a la Iglesia católica con sus escritos, y Alfonso de Cartagena, hijo del otro, quien además de teólogo fue un docto historiador.

POESIA HISPANO JUDIA.

Tuvo la España hebrea grandes poetas, a la cabeza de los cuales se encuentra Jehuda Halevi, uno de los poetas judíos más sobresalientes de todas las épocas.

La España de la Edad Media constituyó una era dorada de la civilización hebrea. España era, entonces, como un Canaan luminoso para la cultura, donde la poesía, la filosofía y la literatura bíblicas adquirieron gran brillantez. Durante dos siglos (del X al XII), todo lo mejor que se producía en literatura salía de España, gracias a los árabes y a las comunidades hebreas.

La poesía hebrea anterior al siglo X se reducía a fáciles versificaciones, confinadas a la Sinagoga. Se cantaban las virtudes, la piedad, la humanidad.

Fue un médico, Hasdai Ben Chaprut (945—970) quien, siendo Ministro de Abderramán III, sacó la poesía de los templos y, cantándole a su príncipe, varió los temas.

Samuel Ben Nagrela (993—1055) llegó a ser Visir del rey Aabús, de Granada. Alcanzó, además de holgada, cimera posición, que le permitió ser una especie de Mecenas de su raza. Su opúsculo, *Psalterio*, es una pequeña colección de versículos, donde imita el *Eclesiastés*.

Otro poeta interesante fue Moisés Ben Ezra (—1138), quien concibió una ardorosa pasión por una sobrina suya, —pasión que se le antojó incestuosa a su hermano, el padre de la niña. No obstante, fermentó como levadura amorosa esa pasión en el fondo de sus entrañas, y entonces, no pudiendo vivir bajo el mismo techo de la amada, adorándola y reprimiendo sus pasiones, huyó del hogar paterno. Buscó refugio en la meditación y en la poesía, escribiendo una obra, *Collar de perlas*, donde, después de cantar los placeres y el amor, el vino y la alegría, canta la traición, los zarpazos de la vida y el fantasma feo y bochornoso de la vejez, que asoma sus exprimidos racimos. Termina con un gesto de resignación serena, en el regazo de Dios, Supremo Consuelo de la vida.

Es un bello poema digno de estudio, que revela un alma sensible y apasionada.

Su libro *Diálogos y recuerdos*, es una historia de la cultura de la España judía, el movimiento literario árabe y parte del cristiano.

El segundo foco de cultura judaica, en España, fue Toledo. Ciertas intolerancias y persecuciones en Córdoba, provocaron migraciones en masa a aquella ciudad.

Allí se destacaron, muy particularmente, Maimónides, médico, poeta y filósofo, el más grande pensador de la raza hebrea, cuya obra filosófica analizaremos (ya lo hemos visto como médico), y el toledano Abraham Ben Mair Ben Ezra (1092-1167).

Este Ben Ezra fue amigo de Moisés Ben Ezra y de Jehuda Halevi. Con ellos cultivó un acervo de sabidurías. Fue sabio, poeta, filósofo, astrólogo, astrónomo, bohemio y vagabundo.

Temperamento exaltado, viajó incansablemente (Africa, Palestina, Roma, Luca, Verona, Besiere, Londres, Narbona). En su correría gozaba de los nuevos mundos, dispensaba enseñanzas, escribía poemas, buscaba pependencias y regresaba a su escepticismo, que lo llevaba a la creencia de que todo debía de salir mal y que a él le estaban vedadas las riquezas del mundo, por designio de los astros. Aun así, tenía una inagotable fuente de buen humor. Escribió epigramas, a la manera de Marcial. Pero también escribió poesías serias y sentidas, dirigidas a Dios y a Su Divina Omnipotencia, como la que transcribimos:

*Da al hombre tu prudencia
la interna voz divina....
Mis días en tu mano
están; Tú eres mi guía.
Si tiemblo, fuerzas hallo
en tu ayuda bendita.
Tu manto mis pecados
ocultan, tus mercedes
defiéndenme, tus dádivas
no buscan recompensa. (154)*

Hizo, también, bellísimo *Comentario*, del Pentateuco. En

filosofía era un neoplatónico que influyó en Espinosa; Browning lo hizo servir de vocero de la filosofía victoriana. (155)

Por último, Jehuda Ben Salomón Aljarisi, es considerado el último representante de la poesía neohebraica. Nació, probablemente, en 1170 y murió aproximadamente en 1230. Graetz le llamó el Ovidio de la poesía neohebraica. (156)

Fue aventurero, como Ben Ezra y escribió sus poemas en árabe y en hebreo.

AVICEBRON.

Fue el primer filósofo de cierta categoría que tuvo la España israelita. Su nombre era Salomón Ibn Gabirol (1021-1070) y era malagueño. Melancólico y triste, toda su poesía está teñida de nostalgia, recuerdos de una niñez desvalida, sin padres, en una orfandad de ternuras, desesperante.

Avicibrón pasó de Toledo a Zaragoza. Allí conoció al poeta Yekutiél. Yekutiél gozaba de la privanza del rey Yahya ben Moñdir, y le ofreció al incipiente filósofo toledano un mecenazgo que no pudo ser todo lo generoso que era de desear, pero que le permitió vivir un corto lapso de serenidad.

Muerto Yekutiél, anduvo Avicibrón errante y pobre por España, hasta que encontró refugio cerca de Aben Nagrela.

Heine tenía gran admiración por él: le llamó “poeta entre los filósofos y filósofo entre los poetas”.

No desdeñó sus incontables miserias, sino que las cantó, como en este fragmento de poema:

*Señor, ¿qué es el hombre? Una sucia piltrafa,
un ser nocivo rebosante de engaños,
una flor que bajo el calor se marchita y encoge. (157)*

Pero aun así, lleno de miserias, su constante preocupación era la búsqueda de la sabiduría:

¿Por qué dejar a la sabiduría?

*Hice un pacto con ella.
Es mi madre; yo soy su hijo bien amado;
rodeó con sus joyas mi cuello...
Mientras dure mi vida, aspirará mi espíritu
a alcanzar sus celestiales cumbres...
No voy a descansar hasta encontrar sus fuentes. (158)*

Cante o llore, quéjese o breme, todo es elevación en este poeta maravilloso. Su poesía alcanza a veces la solemne excelstitud de los Salmos:

*Danos ya la paz, ¡oh, Señor! ,
en tu gracia imperecedera;
no nos abandone Tu amor,
pues Tú eres la morada nuestra.*

*Errante, yendo sin parar
o encadenados en destierro
no dejamos de proclamar
la gloria Tuya en torno nuestro. (159)*

Otras veces Avicebrón escribe una poesía más serena y profunda, casi elegíaca, como cuando dice:

*¡Renuncia a tu dolor, ánimo inquieta! (160)
¿Por qué temes del mundo la amargura?
¡Pronto a la fosa irá tu vestidura,
y vendrá el olvidar!
¿Qué buscas, regia y noble, en este suelo
de efímeros laureles y fatigas,
donde las flechas que creíste amigas
apuntándose están?
Lo que juzgas precioso, es ilusorio;
mentiras el placer y la belleza,
engaños el imperio y la riqueza
que vienen y se van. (161)*

Para Munk, Avicebrón es el verdadero restaurador de la poesía hebrea, siendo uno de los primeros poetas, no sólo de su raza, sino de toda la Edad Media. Imitó muchas veces a los poetas árabes con quienes convivió, pero los superó con mucho. Su libro poético *Corona Real* es uno de los portentos literarios de la raza hebrea.

Cómo filósofo publicó una obra fundamental, *Fuente de la vida*, de la cual hablaremos más adelante.

JEHUDA HALEVI.

Este notable poeta se llamaba Jehuda—Ben—Samuel—Levi (1085/86—1143) y fue, además de uno de los primeros poetas europeos de su época, un buen filósofo. Era de Toledo, el gran foco de cultura judía, así como Córdoba lo fue de los musulmanes.

En su ciudad natal se dedicó por mucho tiempo a la medicina, donde descolló, aun cuando no alcanzó la alta nombradía que cosecharía después en el campo de las letras.

Entrando en el medio siglo de su vida quiso visitar la Tierra Santa, objeto de disputa entre cristianos y musulmanes y se dice que allí un moro fanático lo asesinó.

Como poeta su nombre es cimero. Para muchos críticos el primer poeta hebreo es Avicebrón. Otros, como Goethe, estiman que lo es Jehuda Halevi, no sólo de su raza sino de la Europa medieval. Nosotros creemos que Halevi es el primer poeta de su época, y que no hay ningún clamor que iguale en todo el medioevo, incluyendo la desgarrante elegía de Abul Beka, a la *Oda a Sión*, elegía que escribió el poeta mientras se encaminaba a Jerusalén.

El poeta llora, cual otro Jeremías, frente a las ruinas de la bella ciudad y es su llanto puro, y más altivo aún que el canto bíblico citado. Creemos oportuno reproducir esta versión libre que nos regala Will Durant:

*¿No deseas, Sión,
saludar desde tu sagrada roca*

*a los cautivos que te aclaman
como los restos de tu grey?*

*Ronca es mi voz cuando lamento mis pesares;
mas, cuando en mis ensueños veo tu libertad
tan dulce es su cadencia como la de las arpas
que resonaron, junto a las corrientes aguas de Babel.*

*¡Ojalá, donde antaño el divino espíritu
en los santos vertióse, y pudiera
verter también mi alma!
Casa de reyes, trono de Dios tú eres:
¿cómo es que hay ahora
esclavos en el trono que ocuparon tus reyes?
¡Oh! ¿quién me guiará
para buscar los sitios donde en años remotos
los ángeles en su gloria iluminaban
a tus enviados y videntes?*

*¡Oh! ¿quién me dará alas
para volar hasta ti
y, descansando de todo mi vagar,
poder posar en tus ruinas la de mi corazón?*

*Inclinaré mi rostro hasta tu suelo;
preciosas me serán tus piedras como el oro...*

*Tu aire es vida para mi alma;
tu polvo es mirra; por tus ríos fluye la miel.
Desnudo y descalzo, en tus templos en ruinas
¡con qué placer iría!
Allí donde guardaban celosamente el arpa
y en oscuro retiro
residían los santos querubines...*

*Perfecta es tu belleza ¡oh, Sión! , como en ti
se alían el amor y la gracia!*

*Tiernamente hacia ti se dirigen
las almas de tus compañeros; era
tu gozo su deleite; ahora llorando
en el destierro lamentan tu ruina; añoran
tus sagradas alturas
y hacia tus puertas, en la oración se inclinan.*

*El Señor te desea por morada suya
eternamente; bendito
es aquel que Dios escoge para la gracia
de descansar en tus atrios.
Feliz es el que mira, acercándose en ti,
hasta ver como surgen tus luces gloriosas;
feliz el que despierta bajo tu amanecer
pleno y claro en los cielos de Oriente.*

*Pero más feliz quien, con ojos exultantes,
contempla la ventura de tus hijos, redimidos por fin,
y renovada vea tu juventud
como en los días antiguos. (162)*

Bello, bellísimo poema. Por algo lo tenía Goethe entre sus predilectos.

De Halevi se conservan hasta 827 composiciones. Sus descripciones de la naturaleza son obras maestras. En cambio, sus mejores poesías son religiosas, y se llaman las *sionidas*, de las que hemos reproducido el canto a Sión.

Graetz, el alemán que tan profundamente conoció la literatura hebrea, nos dice:

*“Avicibrón, deplorando su abandono, nos conmueve.
Aben Ezra, llorando sus frustrados amores, nos impresiona.
Pero Jehuda Halevi, llevando el luto de Sión, la dulce
amada, nos penetra profundamente y remueve lo más
íntimo de nuestras fibras” (163)*

Entre los grandes poemas de Halevi reproduciremos el Himno a la creación: Dios, en la magnífica traducción de Menéndez y Pelayo:

*¿A quién, Señor, compararé tu alteza,
tu nombre y tu grandeza,
si no hay poder que a tu poder iguale?
¿Qué imagen buscaré, si toda forma
lleva estampado, por divina norma
tu sello soberano?*

*¿Qué carro ascenderá donde tú moras,
sublime más que el alto pensamiento?
¿Qué palabra tu nombre ha contenido?
¿Vives de algún mortal en el acento?
¿Qué corazón entre sus alas pudo
aprimonar tu venerable esencia?
¿Quién hasta ti levantará los ojos?
¿Quién te dio su consejo, quién su ciencia?*

*Inmenso testimonio
de tu unidad pregona el ancho mundo:
no hay otro antes que tú. Claro reflejo
de tu saber doquiera se discierne,
y en misterio profundo
las letras de tu nombre centellean.
Antes que las montañas dominasen,
antes que erguidas en sus bases de oro
las columnas del cielo se elevasen,
tú en la sede divina te gozabas,
do no hay profundidad, do no hay altura.
Llenas el universo y no te llena:
contienes toda cosa,
y a ti ninguna contenerte puede.
Quiere la mente ansiosa
el arcano indagar, y rota cede;
cuando la voz en tu alabanza mueve,
al concepto la lengua se resiste;*

*y hasta el pensar del sabio y del prudente
y la meditación más diligente
enmudece ante ti. Si el himno se alza
tan sólo el venerando te apellida;
pero tu Ser te ensalza
sobre toda alabanza y toda vida.
¡Oh, sumo en fortaleza!
¿Cómo es tu nombre ignoto,
si en todo cielo y toda tierra brilla?
¡Es profundo... profundo...
Y a su profundidad ninguno llega,
lejos está... muy lejos...
y toda vista ante tu luz se ciega!
Mas, no tu ser, tus obras indagamos;
tu fe, cual ascua viva,
que en medio de los santos arde y quema;
por tu ley sacrosanta te adoramos;
por tu justicia, de tu ley emblema;
por tu presencia, al penitente grata,
terrible al perverso;
porque te ven sin luz y sin antorchas
las almas no manchadas;
y tus palabras oyen, extasiadas,
cuando yace dormido
el corporal sentido,
y repiten en coro resonante:
"Tres veces Santo, vencedor y eterno,
Señor de los ejércitos triunfantes" (164)*

Jehuda Halevi nació cuando ya Toledo había caído en manos de los cristianos y, en lugar de los árabes, era Alfonso VI quien reinaba. El monarca español era liberal y progresista, culto y tolerante. Pero los judíos que tanto habían convivido con los ismaelitas no se sentían muy tranquilos entre los cristianos.

Haleví vivió siempre con una duda intranquila. Todas sus actividades eran de tipo racial. Así, fundó en Toledo un

Instituto Hebreo, encargado de difundir las cosas judías y, muy especialmente, de mantener viva la fe y el respeto a la Ley.

Amó también, sibarita y gentil, (como los grandes reyes, sus antepasados) el vino y las mujeres. En *El jardín de su deleite*, dice:

*Baja, amado suyo ¿Qué esperas
para pacer en su huerto?
Acude al lecho de amor
para recoger sus lirios.
Las manzanas secretas de sus pechos
exhalan su fragancia;
para ti esconde en sus collares
preciosas luminosas frutas...
Sin su velo avergonzaría
a todas las estrellas del cielo.*

Como tantos judíos, deseaba acabar sus días en Palestina, a la que canta:

*¡Oh, Ciudad del Mundo, bella en tu orgulloso esplendor!
¡Ojalá tuviera alas de águila para volver hacia ti,
hasta mojar tu polvo con mis lágrimas!
Mi corazón está en el Este, mientras mora en Occidente!*

Y en Oriente murió. Dejó una obra filosófica inferior a sus versos.

FILOSOFIA HEBREO ESPAÑOLA.

La filosofía hebrea de la Edad Media se desarrolla y se manifiesta en España. Sus principales representantes son Avicbrón y Maimónides.

La tendencia de esta filosofía es neoplatónica, con un fuerte sabor teológico.

La obra filosófica de Jehuda Halevi es *Cuzari*, que trata de

un hecho histórico: la conversión al judaísmo, en el siglo VII, del rey de los jazares.

El tema es el siguiente:

“El rey —supone Halevi— trata de encontrar la verdadera religión. Se dirige, primero, a un filósofo, luego a un cristiano y, después, a un musulmán, y, no satisfaciéndole ninguna de sus doctrinas, decide consultar con un hebreo, el cual le enseña las verdades del judaísmo. El punto esencial de su demostración es la existencia de Dios, probada por los milagros hechos en favor de Israel. Y el rey abraza esta religión, y después sus generales y magnates, y, por último, todo el pueblo” (165)

La obra está escrita en árabe y tuvo gran aceptación entre los hebreos. Hay una traducción al castellano, de Bonilla.

Bakia Ben Pekuda (hac. 1060) tiene un libro titulado *Deberes de los corazones*, de pensamientos y doctrinas morales que lo hacen un agradable pensador. Se le llamó el Tomás Kempis judío.

Por el contrario, Salomón Ben Sakbel fue frívolo. Más que filósofo fue el autor de una novela satírica.

Abraham Ben Toledo (1110—1180) fue médico e historiador. A él se debe una crónica de los hebreos españoles, que intituló: *Libro de la tradición*. Su obra filosófica es *La fe sublime*, donde trata de conciliar las doctrinas de Aristóteles con las de la Biblia.

Salomón ben Jehuda ben Gabirol, Avicibrón, es uno de los pensadores que más influencia ejerció en su época. En su libro *Fuente de vida* sostiene la tesis de que “todas las sustancias espirituales tienen una materia espiritual, viviendo la forma de lo alto sobre la materia, que la recibe abajo; es decir, que la materia es substratum y que la forma es llevada por ella”. Según esto, el alma está formada de potencia y acto, siendo, por tanto, material, aunque no sea corporal.

Es neoplatónico. No influyó entre los hebreos (166), pero

sí en los escolásticos (167), principalmente en Duns Scoto y en la escuela agustiniana, a través de los cuales llegó hasta Giordano Bruno.

Moses Bar Baimón, Maimónides, el gran médico, es, además, la máxima figura de la filosofía hebrea. Su obra más caracterizada es *Guía de perplejos*, donde trata de armonizar el aristotelismo con el hebraísmo. Este libro, en el concepto de Julián Marías, es “una verdadera suma de escolástica judía, el ejemplo más completo y perfecto de este tipo de obras en la filosofía oriental” (168)

Todo el libro es un esfuerzo supremo para llevar al hombre el conocimiento de Dios; cualquier interpretación que se haga de la Biblia debe ser filosófica, y no literal.

Según Maimónides, es posible establecer lo que Dios no es, y dificultoso en extremo saber lo que es, porque si bien sentimos a Dios, y lo llevamos en nuestro pensamiento, su esencia es inaccesible.

Maimónides influyó en Spinoza. No obstante, su filosofía fue vista con ciertas reservas por los reparos que le ponía a algunas de la creencias a las que los judíos eran muy apegados.

EXPULSION DE LOS JUDIOS.

Los judíos nacidos en España, eran españoles, aunque se les viera como extraños. No obstante, el hecho de conservar su lengua hebrea, su afán de no mezclarse y su tendencia a formar conglomerados aislados, hacía que se les mirase como una nación dentro de otra nación.

Ellos hablaban el árabe, entre los moros, y el romance entre los cristianos; pero entre sí, y cuando convenía a sus intereses, sólo hablaban su hebreo. Aun su castellano estaba estragado de vocablos orientales. Esto los hacía sospechosos en toda crisis y provocaba persecuciones contra ellos.

La primera persecución tuvo lugar bajo el reinado de Sisebuto, durante el 612 de nuestra era, y bajo el ardor de un absurdo fanatismo ilícito, ordenó que fuera condenado al duro ostracismo todo judío que no se bautizara.

En esta época la máxima representación clerical en la España visigótica era el ilustre arzobispo San Isidoro de Sevilla, quien protestó de esta acción. Pero Sisebuto desoyó la voz de su arzobispo, por lo cual un buen número de judíos tuvo que abandonar a España.

Las persecuciones cesaron en 631, bajo Sisenando. Este rey, exaltado por una rebelión contra Recaredo II, al obtener la sanción clerical de San Isidoro, revocó el decreto de Sisebuto contra los judíos, por lo cual gran copia de ellos, que vagaban por el mundo su nostalgia española, volvieron a su tierra natal.

En 687 se decretó una nueva persecución. Se tomó tal decisión en el Concilio 17, convocado por Egica. Esta vez la medida había sido tomada porque se supo que los judíos de Africa conspiraban junto con los sarracenos para invadir a España. Más tarde se confirmó la veracidad de este rumor. Con efecto: cuando las huestes de Tarik invadieron a España, no pocos judíos vinieron en sus filas, en tanto que los que estaban en el interior hicieron todo lo posible por facilitar el movimiento de los invasores.

Por último, los Reyes Católicos, tras la toma de Granada, sobreexcitados por el sentimiento religioso, no queriendo que en España medrara otra fe que no fuese la católica, decretaron la expulsión de los judíos. Fue un éxodo tremendo: 160,000 judíos tuvieron que abandonar sus tierras, sus trebejos, sus amores dormidos, aunque no su fe. (169) Solamente se libraron de la expatriación aquéllos que juraron la fe cristiana, aunque nunca fueron bien mirados.

Los judíos del siglo XV se sentían tan españoles como los cristianos. Amaban la tierra hispana como suya, y participaban de su grandeza con la misma vehemencia que los españoles cristianos. Cuando fueron expulsados, partieron, anhelosos de volver, considerando a España su segunda Sión.

En 1500 regresó a España el judío Francisco de Cáceres. Sometido a la Inquisición aseguró que no había hecho otra cosa sino lo mismo que hubiera hecho un cristiano si los judíos lo hubieran echado de su tierra.

Los judíos españoles se esparcieron por el Norte de Africa

y por toda Europa. Los del Norte eran llamados *askenazines*, en tanto que los del Sur eran los *sefardíes*.

El más numeroso núcleo de *Sefardíes* se estableció entre Rumania y la isla Salónica. Estos judíos hablan todavía el español del siglo XV, con sus dulces inflexiones arcaicas, y nombres españoles tienen sus sinagogas.

Las sinagogas de Viena tienen academias (1892) donde se cultiva el español.

Siguen por dondequiera los judíos españoles, arrastrando por el mundo su nostalgia de la España amorosa que enamora a los hombres.

¿Qué significó para España la expulsión de los judíos? Algo tremendo: la veloz decadencia de sus potenciales económicos.

Ludwig Pfaundl dice lo siguiente:

“Si los judíos hubieran permanecido en España sin ser molestados, es seguro que, utilizando libremente todas las ventajas del descubrimiento de América, hubiera llegado a ser la primera potencia financiera del mundo” (170)

Con efecto, era difícil de prever por cuántos siglos se hubiera dilatado la hegemonía española en el mundo.

LOS SEFARDIES.

Los judíos españoles, brutalmente echados de su patria en 1492, fueron a llorar su destierro, su nueva diáspora injusta, a los países Balkánicos, donde sembraron su árbol de tradiciones, de profunda raigambre hispánica, indestructible a través de los siglos.

Allí floreció lo que se ha llamado la literatura judeo-española. ¿Existe tal literatura? Henry V. Besso, un inteligente sefardita que vive en New York, nos dice al respecto:

“La creación del espíritu original de la vida de un pueblo

ha sido durante siglos el eco del alma de los hijos de Sepharad; y estos hijos de Sepharad, con el mismo ritmo, han cantado continuamente, en judeo español, las alegrías y pesares de la vida cotidiana” (171)

Esta llamada literatura judeo-española o *ladina*, se nutre de arcaísmos, mantenidos frescos en el estuche de la tradición, y añejos giros de un castellano que tenía vigencia cuando ocurrió la catástrofe del nuevo exilio. El español de Castilla, y el portugués, fueron también el habla de los *sefardíes* que se establecieron en Holanda, a partir de 1593.

Yo he escuchado del propio Besso, cantares, coplas y baladas sefardíes, que él evoca con una voz que se rompe de nostalgias.

Besso apunta:

“Los que han escrito de literatura de los sefardíes después de la expulsión de éstos de España —literatura que ha sido escrita exclusivamente en ladino —la han calificado de “literatura comparativamente rica” y dueña de “una literatura (sic) abundante y probablemente más antigua que la judía” (172)

Con el objeto de que no muriera la fe, ni empalideciera por la desgracia, los sefardíes de Oriente hicieron profusa su literatura: traducciones de la liturgia y versiones de la Biblia, una de las cuales, publicada en Constantinopla en 1547, constituyó un verdadero modelo paradigmático. Se tradujo en impecable español, ya que las otras traducciones bíblicas se hicieron en *rashi*.

Más de 5,000 obras fueron publicadas, según estudio de C. Ramos Gil, de la Universidad Hebrea de Jerusalén (173); todas dependientes de la gran traducción de la Biblia.

Muchos de los judíos que llegaron de España a los Balcanes eran consumados escritores, como Joseph ben Ephraim Caro (1488—1576) que se estableció en Turquía, publicando libros del Canon judío, que se reputaron como portentosos. Su

discípulo Abrahan de Isaac Laniado, escribió una obra cuyo título reza:

Cantares y levaures que disho Shelomó el Propheta, Rey de Israel con spirito de phrofesia delante senior de todo el mundo.

También connotados eran: el médico radicado en Turquía, Salomón ibn Verga, así como el también médico, Francisco Cantera Burgos.

Todos estos españoles mantuvieron en Turquía una rica tradición hispánica, que legaron a su descendencia:

“Si el hebreo era la lengua de la religión y de los libros religiosos —dice Besso— el español continuó siendo en Turquía lo que había sido en España: la lengua del pueblo”. (174)

Libros escritos en hebreo y en árabe encontraban pronto, a mediados del siglo XVI, traductores al ladino.

Se menciona a un gran escritor judío de Salónica, Mosen Almosnino (1510–1580), cuyos libros de oraciones, tradiciones y cantares fueron escritos en hebreo, a excepción de una obra monumental, *Regimiento de la vida*, escrita en castizo castellano, que Moise Franco califica como “una de las más raras de la lengua castellana” (175)

El siglo XVII no fue tan fecundo como el XVI; sin embargo, en sus últimos años florecieron las *Coplas del Purim*, colección de alegres cantares de rancio aroma castellano, que regocijaban las fiestas del Purim, y donde se exalta a su heroína, Esther.

Otra bella colección de fines de siglo se llamó *Fuente clara*.

Dos grandes razones nos aduce el amigo Besso para justificar la decadencia del ladino en el siglo XVII: a) Cada vez se hizo más cerrado el círculo de sefarditas y más difícil su comunicación con sus hermanos de España; y b), un notorio desmedro en las informaciones.

Es en el siglo XVIII cuando ocurre un renacimiento cultural que le da nueva vida a la literatura judeo —española. Este afán provocó la publicación de una copia de nuevos libros en los Balcanes, así como en Viena y en Belgrado. Comentario del Canon y obras tradicionalistas como el *Zirje Zibur* (Constantinopla, 1733) corrieron en profusión por las comunidades sefarditas. Pero, posiblemente, ninguna obra influyó tanto entre los grupos balcánicos como la versión ladina del *Jovat Halevavot*, por Bahya Ibn Paqueda, “impresa en Venecia en 1773, con caracteres hebreos cuadrados y reeditada en alfabeto rabínico en Constantinopla, en 1890” (176).

Mucho se ha escrito acerca de este tema y, particularmente, son notorios los trabajos de Moisés Franco, que reclaman un puesto para estos escritores sefarditas en la Literatura española.

“Hubo, sin embargo, —dice Besso —muchos escritores notables por sus méritos, que vale la pena que la literatura española los incluya, de la misma manera que incluyó a los escritores sefardíes de los siglos XVII y XVIII que escribieron en Amsterdam, Holanda” (177).

No se trata sólo de obras litúrgicas o tradicionalistas sino que abarcan diferentes ramas del saber.

Besso destaca como obra notable del siglo XVIII, ponderándola por sobre cualesquiera otras, el *Meam Lóez*, a la que los judíos guardan el mismo respeto que a la Biblia (178) y cuyo autor es Jacob Hulli. Se trata de un trabajo folclórico, escrito en judeo—español, en 13 volúmenes y en el que colaboran hasta nueve autores.

Una segunda parte, *Comentario sobre el Génesis*, fue escrita por Isaac Magreso.

En el *Meam Lóez* se recogen leyendas bíblicas y proverbios; el título fue sacado de los *Salmos*, donde se habla de la huida de los judíos de Egipto, es decir, de la “gente bárbara” (*meam lóez*) (179), usando la palabra *bárbara* en el sentido de *no hebreo*.

El *Meam Lóez* no es un libro erudito. Se trató de que fuera accesible a las masas sefarditas, las cuales pudieran estudiar su ardiente mensaje. Para muchos se trata, realmente, de una enciclopedia sefardita, pero de carácter popular. Su estilo es llano, claro, hermoso, y tanto el *Talmud*, como otros libros sagrados, se remansan aquí, manteniendo fresca, como mañana de rocío, la lengua castellana, que ya tenía muchos enemigos.

Según M. J. Bernardette, desde 1730 hasta nuestros días, ningún otro libro entre los sefarditas balcánicos ha contribuido de tal manera a formar el alma de sus gentes.

De mediados de ese siglo es también uno de los trabajos poéticos que se escribieron, obra del gran poeta sefardita Abraham de Toledo; se trata de las *Coplas de Joseph* que es una historia, en cantares, del casto José, hijo de Jacob.

Mientras los siglos XV, XVI, XVII y XVIII fueron centurias de literatura rabínica, ya en el XIX aparece la literatura profana, que se manifiesta en obras de creación y traducciones de los grandes escritores universales.

La novelística, el drama, el periodismo, las obras didácticas, ocupan lugares preferenciales en el gusto de muchos sefarditas. Pero más que todo esto, lo notable es el castellano en que se escriben.

Citamos una vez más a Besso:

“La literatura española tiene mucho que estudiar en las producciones de estos hombres (—prosistas, dramaturgos, historiadores, etc.)— porque todas sus obras están escritas en lengua de Calderón y de Cervantes. Estos escritores usaron con más o menos pureza la lengua española; se dejaron llevar por las mismas tendencias y deseos de propagar, directa e indirectamente, la lengua que habían hablado y usado durante muchos siglos, en su madre patria” (180)

Pero es en la voz de la madre que arrulla al niño, en la nana reminiscente de la nodriza y en la ronda infantil, donde estas

tradiciones están vivas, con incommovible fidelidad a un ingrato pasado.

Miguel de Unamuno tiene cita nostálgica para los sefarditas balcánicos. Dice:

“Mientras los judíos de Oriente conserven el habla española y en habla española— o habla español, como ellos, con anticuado giro, dicen— recen a su Dios, al Dios de Abraham y de Jacob; mientras viertan en español sus sentires y sus añoranzas, será su patria esta España, que tan injusta y cruel fue con ellos” (181)

Desgraciadamente esta es una tradición que se pierde, pues como afirma Besso:

“...la literatura judeo—española está llegando a sus últimos días, especialmente desde que el pueblo sefardí fue exterminado durante la segunda guerra mundial” (182)

Incuria hispánica imperdonable.

NOTAS

(150) Los judíos la llamaban *Aldaia*, de donde derivan las aldeas españolas. La palabra aldea significa, en su primitiva acepción castellana, población apartada de la ciudad.

(151) Hasdai nació en Jaén, de la provincia de Córdoba, en el año 915.

(152) Según afirma Talldmage, El Hakin que aparece en la novela EL TALISMAN, de Sir Walter Scott, es Maimónides.

(153) Su nombre judío era Aben Dauth, pero se hizo cristiano y al bautizarse adoptó el nombre de Juan.

(154) Del libro de Will Durant “La edad de la fe” Tomo II-Ed. Sudm.

(155) W. Durant—ob. cit.

(156) Graétz, H.— “Los judíos de España” Paris 1872.

(157) Durant, W.—ob. cit.

(158) Durant, W.—ob. cit.

(159) Durant, W.—ob. cit.

(160) Este poema figura en la liturgia española del ritual para el día de las expiaciones.

(161) Traducción de Bonilla y San Martín.

(162) Ob. cit.

(163) Ob. cit.

(164) Trad. de Marcelino Menéndez y Pelayo.

(165) Resumen de la literatura de Hurtado y Palencia.

(166) Porque su obra no llegó a sus consanguíneos por haber sido escrita en árabe.

(167) Fue traducida al latín bajo el título de *Fons vitae*, por Dominicus Gundisalvi.

(168) Marías, Julián "Historia de la filosofía" Rev. de Occidente, Madrid.

(169) Navarrete da una cifra más elevada de exiliados, según la cual fueron 600,000 los que abandonaron a España aquella vez, aunque otros afirman que apenas fueron 35,000 los que tomaron el amargo camino del ostracismo.

(170) Pfaundl, L.— "Juana la loca". —Ed. Sop.

(171) Besso, Henry V.— "Literatura judeo-española" Bogotá. Inst. Caro y Cuervo. 1962.

(172) Ob. cit.

(173) Ramos Gil, C.— "La lengua española en Israel" en "Tesoro de la literatura Sefardí" I. 1959.

(174) Ob. cit.

(175) Franco, Moise. "Essai sur l'histoire des israelites dans l'Empire Ottoman". París. 1897.

(176) Besso, H.—Ob. cit.

(177) Ob. cit.

(178) Este libro apareció en Constantinopla en 1795; se reeditó en Salónica en 1798.

(179) Salmo 114.2

(180) Ob. cit.

(181) Citado por Besso.

(182) Ob. cit.